



CARI / CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Comentarios Estratégicos

Supervivencia y hegemonía:
Israel, Irán y la expansión del conflicto en Gaza

Said Chaya

Supervivencia y hegemonía:
Israel, Irán y la expansión del conflicto en Gaza

Said Chaya

Comentarios Estratégicos

N.º 29

JUNIO 2025

ISSN 3008-9956

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva
responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el
pensamiento del CARI.

Corrección: Roxana Carbone
Diseño: Trender
Maquetación: Mario Modugno

CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales
Uruguay 1037, piso 1.º, C1016ACA Buenos Aires, República Argentina
Teléfono: (+5411) 4811-0071 al 74 / Fax: (+5411) 4815-4742
Correo electrónico: direccioneditorial@cari.org.ar / Sitio web: www.cari.org.ar

Supervivencia y hegemonía: Israel, Irán y la expansión del conflicto en Gaza

Said Chaya*

El 13 de junio pasado, fuerzas militares israelíes realizaron una serie de incursiones aéreas en territorio iraní, bombardeando objetivos vinculados a su programa de enriquecimiento de uranio. Este suceso constituye otro capítulo en el proceso de cambio del orden regional que representa, como gran coyuntura transformadora, el ataque terrorista del 7 de octubre perpetrado por Hamás. Hasta entonces, el eje ordenador regional había sido la rivalidad entre Irán y Arabia Saudita, que, con sus diversas intensidades, atravesaba las dinámicas domésticas de los países de Medio Oriente. La ofensiva que llevó adelante el grupo palestino aquel día impactó de forma tal que logró un cambio de eje: no solo la cuestión árabe-israelí volvió a ser la más relevante de la agenda regional; además, esta nueva jerarquización afectó profundamente las estrategias de cooperación y enfrentamiento en Medio Oriente. Desde entonces, el conflicto ha atravesado una serie de escaladas, entre las que se cuentan la cruenta ofensiva sobre la población civil en Gaza, las acciones contra Hezbolá y otros grupos aliados en el Líbano, algunas acciones militares puntuales en Irán, las ofensivas en Yemen y los avances en territorio sirio, especialmente desde la llegada de Ahmad Al-Sharaa al poder. En otras palabras, la guerra se regionalizó.

* Doctor en Relaciones Internacionales (Universidad Nacional de Rosario). Director de las carreras de Ciencia Política y Relaciones Internacionales y del Núcleo de Estudios de Medio Oriente de la Universidad Austral. Miembro del Comité de Medio Oriente del CARI. Contacto: schaya@austral.edu.ar

La regionalización del conflicto promovida por Israel está acompañada de una serie de justificativos más o menos lógicos. En primer lugar, emergen cuestiones domésticas. La agenda del primer ministro Benjamin Netanyahu estaba atravesada por promesas de seguridad. Ante la brecha histórica que constituyó el ataque de Hamás, la reconstitución de su autoridad dependía de su capacidad de brindar una respuesta que pudiera satisfacer a la coalición de extrema derecha que lideraba.

En segundo lugar, está la dinámica regional. En este caso, el Gobierno de Netanyahu contaba con la posibilidad de hacer valer su superioridad militar y tecnológica, fruto de la alta inversión presupuestaria; la cooperación con Estados Unidos, un socio con amplios recursos e investigaciones de punta, y también un sector nacional dedicado al desarrollo de estos temas. Estas cualidades ubicaban a Israel muy por encima de sus vecinos, especialmente aquellos que, desde su visión soberana, constituían una suerte de “amenaza a su existencia” y eran definidos como sus enemigos.

En tercer lugar, resulta propio considerar las cuestiones globales, especialmente el Gobierno de Washington, su principal aliado. Desde el Gobierno de Barack Obama a este tiempo, Israel ha buscado expandir su autonomía en materia de política exterior con relación a Estados Unidos. En otras palabras, esto significa volverse menos dependiente y acumular mayor poder. Este objetivo lo ha logrado con éxito, desafiando no solo pedidos de Joe Biden, sino incluso de un amigo próximo, como Donald Trump. En varias ocasiones desde el inicio del conflicto, Israel ha podido mostrar una relativa independencia con respecto a la opinión de Estados Unidos, lo que marca su poder real acumulado y la capacidad de lobby que Netanyahu, un líder con gran experiencia, tiene en Washington.

Finalmente, a nivel estructural, las instituciones multilaterales del sistema internacional, con el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas a la cabeza, están lejos de detener este proceso expansivo israelí, realizado en nombre de su derecho a la seguridad. Por un lado, se encuentran operativamente bloqueados por el veto estadounidense. Por otro, han dado flaco ejemplo en otros casos de violación de

los principios del derecho internacional, como en el caso de la invasión rusa a Ucrania. Las graves acusaciones de genocidio en Gaza han alejado aún más a Israel del orden humanitario. Frente a estas presiones, Netanyahu entiende que ya no queda más prestigio por perder. Esto constituye un aliciente para avanzar en la persecución de sus objetivos.

En otras palabras, la regionalización de la guerra de Gaza, marca distintiva de este nuevo orden, que eclosiona en reemplazo de la rivalidad irano-saudita como eje ordenador, es la forma que encuentra Israel de asegurar su supervivencia en una región a la que considera hostil, en un momento clave de su superioridad tecnológico-militar y de expansión de su autonomía en materia de política exterior, sin que existan actores con la capacidad o la voluntad para detener este proceso. Ante la inutilidad evidente de los Acuerdos de Abraham, encuentra este camino.

Desde el comienzo de estos cambios a nivel regional, la República Islámica de Irán no ha hecho más que mostrar su debilidad. Por un lado, a nivel doméstico, debe enfrentar la crisis que se deriva de las sanciones económicas imperantes, que en la actualidad le impiden insertarse con normalidad en el sistema comercial financiero internacional. Sobre esta cuestión no es posible un arreglo sin un diálogo franco y con concesiones amplias hacia Estados Unidos y los poderes europeos. Dada la situación actual, esto implica un desafío. Irán se mostró proclive a dar algunos pasos en las reuniones que se sucedieron en Mascate en las últimas semanas, aunque finalmente no se realizaron. Estas supuestas concesiones requerían tiempo, lo que operaba en sentido contrario a las necesidades israelíes. Por otra parte, tras la ejecución de Mahsa Amini en 2022 y las protestas que le sucedieron, el Gobierno central se ha mostrado incapaz de hacerse cargo en plenitud de los dispositivos de control social. Luego, la elección del reformista Masoud Pezeshkian como presidente en un contexto de mejora de la participación política resultó incómoda no solo para él, sino también para la dirigencia clerical, que consideraba a Ebrahim Raisi un representante apreciado. El nuevo presidente, de perfil reformista, logró acomodarse exitosamente al orden de las cosas, enfocándose especialmente en

resolver la cuestión económica. Una guerra en la región no es buen momento para mostrar fracturas.

Pero, probablemente, el escenario más complejo para Irán se ha dado no de forma interna, sino en el sector externo. Israel ha sido en parte gran responsable del derrumbe de su esquema societario, hiriendo de gravedad a Hamás en Palestina y a Hezbolá en el Líbano. Junto con ello, la pérdida de Siria en manos de los partidarios de Al-Sharaa también constituyó un golpe fuerte a su arquitectura de poder. Respondió a los ataques israelíes perpetrados en 2024 casi por obligación. Ni Moscú ni Beijing han acudido en su ayuda, con lo que desmitificaron el volumen político que se atribuía a los BRICS. Los ataques ordenados por Netanyahu el 13 de junio y su respuesta por parte de Teherán demuestran que el margen de maniobra iraní en materia militar es limitado. Ello no quita su capacidad de infligir daño.

La arenga bélica de Estados Unidos, generada a través de su intervención directa en el conflicto tras el bombardeo en las instalaciones de enriquecimiento de uranio iraní en Fordow, Natanz e Isfahan, son estrategias para recuperar protagonismo. Desde el comienzo de su segunda gestión, el presidente Donald Trump se ha mostrado inicialmente agresivo, como una estrategia que permita forzar un ámbito de discusión. A pesar de ser el responsable del desmantelamiento de las estructuras militares estadounidenses en Irak y Siria, como su sucesor, Biden, lo fue en Afganistán, Washington parece estar retractándose de haber tomado esa decisión demasiado pronto. Quizá, lograr el cambio de régimen en Irán constituya el último acto de Estados Unidos antes de trasladar sus fichas e intereses al Extremo Oriente.

Irán, puesto entre la espada y la pared frente a los ataques de Estados Unidos, eligió bombardear posiciones de su atacante en Catar, país con el que ha mantenido en los últimos años una relación de proximidad y auxilio. Esta situación constituye un agravante al aislamiento regional iraní que antes se mencionaba: no solo se ha quedado sin aliados en el Levante, sino que, por impericias, está comprometiendo los que ya tenía en la zona del Golfo.

¿Cómo responderá la región a este nuevo amo, que avanza firme y sin estructuras de contención desde el mar Mediterráneo hasta el golfo Pérsico, imponiendo su lógica de seguridad? Medio Oriente tiene una relación conflictiva con los aspirantes a hegemones, tal y como ha sucedido con Nasser, Saddam y los Al-Assad. Es poco probable que subsista sin una contraparte que oficie de adversario y equilibrio. Ante la ausencia de límites efectivos, provengan de la región o del exterior, el conflicto, en lugar de resolverse en una mesa de negociaciones, podría acabar en un campo de batalla.

